

JOSEPH CHAMBERLAIN

La nueva idea de imperio

31 de marzo de 1897, cena anual del Instituto Real de Colonias, hotel Metropole, Londres

Aunque el final del siglo XIX encontró aún a Gran Bretaña en la cúspide del mundo, las grietas se apreciaban. El complejo control de tan amplio espacio colonial generaba guerras con los nativos y críticas en la opinión pública nacional. Estamos en el momento supremo de la lucha por el control mundial, que no se frenará hasta la primera gran contienda. El secretario de Estado para las colonias, un liberal para las cosas de casa, profundamente convencido de la eficacia del hecho colonial, defendía aquí la necesidad de inaugurar un nuevo imperialismo pasando del poder al dominio, de la fuerza para hacerse con los recursos lejanos a la influencia soportada en el prestigio, la hegemonía, la *anglomanía*. El propio Instituto donde hablaba esa noche acabaría llamándose Real Sociedad de la Commonwealth. La idea de "mancomunidad británica" hundía sus raíces en políticos como Burke, que la vieron como solución tras la separación de las colonias norteamericanas, se proyectó antes de acabar el siglo XIX y se hizo plena tras la Gran Guerra. El dominio cultural aparecía entonces como estadio supremo de la misión civilizatoria de las razas superiores que habían defendido Chamberlain o su colega francés Jules Ferry, en su famoso discurso ante la Cámara de julio de 1885. Era el argumento justificador de la empresa colonial en momentos en que se hacían evidentes las brutalidades sobre las que esta se había asentado.

[...] Este Instituto fue creado en 1868, hace casi exactamente una generación, y confieso que admiro la fe de sus promotores. Ellos sembraron la semilla del patriotismo imperial en tiempos no enteramente favorables a sus opiniones.

[...] Me parece que hay tres distintos estadios en nuestra historia imperial. Comenzamos a ser y luego nos convertimos en un gran poder imperial en el siglo XVIII, pero durante la mayor parte de ese periodo las colonias eran consideradas como posesiones valoradas en proporción a la ventaja pecuniaria que le producía a la madre patria, país que bajo ese punto de vista no era realmente

madre, sino más bien un codicioso y ausente propietario deseoso de sacar de sus arrendatarios las más grandes rentas que pudiera lograr.

[...] Ese fue el primer estadio, y cuando despertamos abruptamente, por la guerra de la Independencia de América, de esta idea de que las colonias podían ser sojuzgadas solamente para nuestro beneficio, ingresamos en el segundo capítulo, y la opinión pública parece haberse orientado entonces hacia el extremo opuesto. A causa de que las colonias ya no eran recurso de ingresos, parece que mucha gente creyó y argumentó que la separación de las colonias era solo cuestión de tiempo, y que tal separación debería ser deseada y alentada para que aquellas no se convirtiesen en un estorbo y una fuente de debilidad.

Mientras los *little Englanders* [ingleses insulares contrarios al imperia- lismo] sostenían esa opinión, fue fundado este Instituto para protestar contra doctrinas tan injuriosas hacia nuestros intereses y tan humillantes para nuestro honor. [...] Hemos alcanzado el tercer estadio de nuestra historia y la verdadera concepción de nuestro imperio. ¿Cuál es esa concepción? En lo que se refiere a las colonias autogobernadas, ya no hablamos de ellas como dependencias. El sentido de posesión ha dado paso al de hermandad. Pensamos y hablamos de ellas como parte de nosotros mismos, como parte del Imperio británico, unidas a nosotros por ligaduras de parentesco, de religión, de historia y de lengua, a pesar de estar dispersas a través del mundo y unidas a nosotros por los mares que anteriormente parecían separarnos.

Pero el Imperio británico no se reduce a las colonias autogobernadas y al Reino Unido. Incluye un área mucho mayor, una población mucho más nume- rosa en los climas tropicales, donde es casi imposible el establecimiento euro- peo y donde la población nativa es bastante superior en número a la blanca. En estos casos también es explicable la nueva idea de imperio. Aquí también el sentido de posesión ha dejado paso a un sentimiento diferente: el sentido de obligación. Sentimos ahora que nuestro dominio sobre estos territorios puede ser justificado solo si logramos felicidad y prosperidad para el pueblo, y sosten- go que nuestro Gobierno trae y ha traído seguridad, paz y relativa prosperidad a países que nunca conocieron antes estos beneficios.

Para llevar adelante esta tarea de civilización estamos realizando lo que creo que es nuestra misión nacional, y estamos encontrando un enfoque más ajustado para el ejercicio de aquellas facultades y cualidades que han hecho de nosotros una raza gobernante. No digo que nuestro éxito ha sido completo en todos los casos, no digo que todos nuestros métodos han sido irreprochables, pero sí digo que en casi todas las instancias en que se estableció el dominio de la reina y donde se ha hecho cumplir la *gran pax britannica* ha sobrevenido con ella

mayor seguridad para la vida y la propiedad, y un mejoramiento material para la mayoría de la población.

Sin duda, en el momento en que se realizaron las conquistas ha habido derramamiento de sangre, ha habido pérdida de vidas entre las poblaciones nativas, pérdida de vidas aún más preciosas de aquellas que fueron enviadas para llevar a esos países un tipo de orden disciplinado. Pero debemos recordar que esta es la condición de la misión que debemos cumplir. [...] No se puede hacer tortilla sin romper huevos; no se pueden destruir las prácticas de barbarie, de esclavitud, de superstición, que por siglos han desolado el interior de África, sin el uso de la fuerza. Pero si honestamente se compara lo que se gana para la humanidad con el precio que estamos obligados a pagar, pienso que bien podemos alegrarnos por el resultado de tales expediciones.

[...] Pero sin duda tal estado de cosas, tal misión como la que he descrito, involucra una gran responsabilidad. [...] Grande es la tarea, grande la responsabilidad, pero grande es el honor; y estoy convencido de que la conciencia y el espíritu del país se pondrán a la altura de estas obligaciones, y que tendremos la fuerza para completar la misión que nuestra historia y nuestro carácter nacional nos han impuesto.

En lo que respecta a las colonias autogobernadas, nuestra tarea es mucho más liviana. Es verdad que nos hemos comprometido a protegerlas con toda nuestra fuerza contra la agresión extranjera, a pesar de que esperamos que nunca se haga necesaria nuestra intervención. Pero debe estar claro nuestro principal deber, que es hacer realidad ese sentimiento de hermandad al cual me he referido y que creo es profundo en el corazón de todo británico. Queremos promover una más íntima y firme unión entre todos los miembros de la gran raza británica, y a este respecto hemos hecho grandes progresos en los años recientes. [...] Creo en la posibilidad práctica de una federación de la raza británica, pero sé que vendrá, si viene, no por presión, no por nada que surja como dictado desde aquí, sino como la realización de un deseo universal, como la expresión del más caro deseo de nuestros propios hermanos de las colonias.

[...] Tengamos, entonces, confianza en el futuro. [...] No tenemos signos visibles de decadencia y destrucción. La madre patria es aún vigorosa y promisoría, es aún capaz de enviar a sus esforzados hijos a poblar y ocupar los más desolados lugares del globo; pero también puede ser que algunas de estas naciones hermanas, cuyo amor y amistad tan vehementemente ansiamos, puedan en el futuro igualar o aun sobrepasar nuestra grandeza.

Es posible que surja a través del océano una capital que arroje sombra a las glorias del mismo Londres; pero antes de que ello ocurra, que sea nuestro

empeño, que sea nuestra tarea, el mantener encendida la antorcha del patriotismo imperial, mantener la amistad y la confianza de nuestros hermanos del otro lado de los mares para que en cualquier vicisitud de la fortuna del Imperio británico pueda presentar una barrera infranqueable para sus enemigos, y para que pueda llevar adelante por los siglos las gloriosas tradiciones de la bandera británica...

Fuente: Joseph Chamberlain, *Foreign and colonial speeches*, 1897 (<http://carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/carpeta-1/fuentes/el-imperialismo/fuente-1-el-discurso-imperialista>).